



François Chevalier

“Ernesto de la Torre: historiador y etnólogo”

p. 71-78

Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2012

258 p.

Fotografías, croquis y cuadros

ISBN 978-607-02-2781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/559/hombre_libros.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ERNESTO DE LA TORRE: HISTORIADOR Y ETNÓLOGO

FRANÇOIS CHEVALIER

En una entrevista aún inédita con *Humanidades y Ciencias Sociales* dijo Ernesto de la Torre Villar que quiso adentrarse en la comprensión del pasado y presente de la tierra de México y de países que visitó, no sólo remitiéndose a documentos históricos sino palpando la problemática de la capital, ciudades y del campo, realizando después investigaciones en archivos, libros y museos. La carrera de geografía de su esposa acentuó más todavía esta inclinación.

Llegó a desarrollar una verdadera *ethnohistoria* que empezó mediante la práctica de la etnología sobre el terreno en México ya que el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), fundado antes, estudiaba a los indígenas en su mismo lugar según esta disciplina. Ésta era también mi propia preocupación ya que coincidía esencialmente con las enseñanzas de mi maestro Marc Bloch, que veía en la geografía del medio rural europeo una huella esencial del pasado. Practicaba la “historia regresiva” que partía del conocimiento del presente para explicar el pasado. Además, Ernesto De la Torre era francófono y había conocido a algunos de mis maestros como Robert Ricard, Paul Rivet y Marcel Bataillon.

Poco después de mi llegada a México en 1946 conocí a Ernesto de la Torre (que no estaba casado todavía) y enseguida simpatizamos. Pronto fue mi más íntimo amigo en México (además del historiador Silvio Zavala y Pablo Martínez del Río, exhacendado). Para mí fue un guía extraordinario para conocer lo más profundo de la tierra y de sus habitantes campestres, desde indios de etnias diversas hasta rancheros y ganaderos mestizos, destacados jinetes. Visitamos particularmente fiestas religiosas participando a menudo en ellas y mezclándonos con los romeros o fieles indígenas.

Uno de los primeros viajes que hicimos fue a principios de abril de 1947 a Meztitlán, un magnífico convento agustino del siglo XVI en zona de los indios otomís (más allá de las minas de Pachuca),

donde viajamos en autobuses locales junto con el joven historiador Fernando Sandoval (ahijado más tarde de mi esposa). Fuimos recibidos unos días por el cura agustino, desde el Viernes Santo hasta Pascua de Resurrección. El viernes nos impresionaron desde el anochecer hasta muy tarde en la noche las procesiones de multitudes de indios otomís, todos cantando a la luz de miles de cirios que iluminaban las siete campanas de la espadaña, bajo el claro de luna sobre el cerco de montañas. Apunté en mi libreta personal “¿por qué ningún artista se atrevió o se atreve a traducir este esplendor?” Los pintores mexicanos estaban más preocupados en denunciar la opresión que sufrían entonces estos indios por los caciques y los llamados “padres del pueblo”, que aquí mismo precisamente nos denunció también con pasión el buen padre agustino.

Luego adquirí una poderosa motocicleta Harley Davidson con la cual emprendimos a favor de las vacaciones universitarias muchos otros viajes. Ernesto De la Torre se sentaba atrás y me guiaba. Hicimos excursiones de fin de semana como a Morelos, las tierras de Zapata, a Puebla que conocía particularmente Ernesto, Tochimilco, un hermoso convento y gran fuente del siglo XVI al pie del Popocatepetl nevado, etc.

El 2 de febrero, fiesta de la Virgen, empezaba una enorme feria-mercado asociada a la gran celebración religiosa, en San Juan de los Lagos, en Jalisco. A ellas asisten quizá unos cien mil indios, campesinos, ganaderos y gentes diversas procedentes de toda la república. Reina ahí una Virgen muy específica con su hermosa ropa triangular que atrae a muchísimos peregrinos. La iglesia mayor contiene miles de “retablitos” populares, *ex votos* pintados a veces muy originales.

Había penitentes, particularmente indígenas, de gran fervor caminando de rodillas o llevando corona de espinas y hoja de nopal sobre el pecho; también había danzantes con máscaras y muchos juegos, jaripeos, etc. Eran sobre todo las celebraciones religiosas y festivas las que atraían una enorme feria, especialmente de caballos pero también de otros animales o productos, que no deja de recordarnos las grandes ferias de la Europa antigua, ¡desde luego con su sello mexicano! Saqué muchas fotos con mi Leica, testimonio del conjunto.

Pero además de estos mexicanos campesinos, indios, mestizos o ganaderos queríamos ver y conocer indígenas puros en su medio de defensa, a pesar de no ser Ernesto y yo antropólogos indigenistas. Por eso Ernesto me habló de ciertos lugares de la costa de Michoacán. Ahí pensaba que existían problemas entre ellos y los

rancheros que eran denominados en esas zonas rurales “gente de razón” o “rationales”.

Salimos pues a Michoacán el 20 de diciembre de 1947 aprovechando las vacaciones de Navidad para ir a Morelia, luego a Tacámbaro donde vimos al obispo, un hombre joven que visitaba 30 000 km² en su jeep o a caballo y nos dio indispensables informaciones y recomendaciones. Fuimos del 22 al 25 a Apatzingán, Temascaltepec, Coalcomán, asistiendo a ceremonias religiosas y conociendo fiestas populares de toda clase. Viajábamos sobre todo en autobuses locales y en parte andando. ¡Admirábamos la extrema habilidad de los conductores mexicanos subiendo y bajando barrancas en brechas muy estrechas, en ocasiones con lluvias que, decían, ¡“ponían el camino como mantequilla”!

La zona recorrida era principalmente poblada por rancheros que se deslizaban de Jalisco hacia el sur, gente a caballo que había sustituido o sustituye a los indios en sus pueblos, apoderándose de los cargos municipales desde hace un siglo o más. Eran en gran parte Cristeros... ¡Fue una expedición que no tuvo éxito en una sola vez pero en la cual aprendimos mucho!

Llegamos el 26 de diciembre a las diez de la noche a Villa Victoria, alias Chinicuila, con la lluvia, hospedándonos en el “hotel Reforma” (para arrieros). Era una población de rancheros, los más empistolados, donde podríamos encontrar caballos (“remudas”) para alcanzar con un guía en tres o cuatro días de camino una comunidad indígena según nuestro propósito. Al día siguiente, nos prometieron los caballos pero llovía y no pudimos ir al potrero a buscarlos porque estaba demasiado lejos. Después se intensificaron aún más las lluvias al punto que el autobús que se dirigía a Colima tuvo imposible la salida durante varios días. Aprovechamos para informarnos sobre el país con el cura, el padre Betancourt, de tipo muy fino, con una abuela —decía— de origen tarasco, “de las bravas”, que marcó su carácter.

Para estar seguros de partir el 29 hacia Coahuayana, camino de Colima, el 28 de diciembre pedimos al arriero y al guía que vinieran con nosotros. Efectivamente, ensillamos todos las cabalgaduras antes de las cuatro de la mañana y salimos puntuales en la noche caminando por barrancas y por fin llegamos cerca del mar a las cuatro de la tarde a Coahuayana, un pueblo grande situado antes de la Revolución en la hacienda de San Vicente, no muy lejos del océano. La hospitalidad para con los viajeros era un deber y nos acogió el hermano del cura. Éste insistió mucho en que fuéramos a visitar con él un “pueblo de cofradía”, Nuestra Señora de Miramar,

fundado por el obispo y por él mismo unos años antes y “pertene-
ciente a Nuestra Señora de Guadalupe”.

El 31 de diciembre salimos pues de nuevo a caballo con el padre a las cuatro de la mañana y subimos por bosques tropicales, avi-
sando por ruidosos golpes sobre metal de la llegada del padre, que
no estaba prevista, y de la misa que se celebraría en la pequeña
iglesia de adobe. En ella se situaban los bustos de sus fundadores,
aunque el padre nos dijo que los iba “a sacar para fuera” para que
no fueran confundidos con santos... De regreso nos enseñó el acta
de fundación que me pareció igual que las actas de los siglos XVI y
XVII, pero no pude sacar una copia pues era urgente dejar atrás
Coahuayana (y naturalmente no se envió la copia).

¡No habíamos podido ir a la comunidad indígena de Ostula,
pero sería nuestro siguiente y firme proyecto! Decidimos regresar
a Coahuayana cinco meses más tarde: el 19 de mayo de 1948 Er-
nesto, Claude Lécuyer (la hija del embajador de Francia ¡que se
preparaba para realizar un viaje difícil!) y yo partimos por Guada-
lajara y Colima el 20 de mayo por tren y autobús. Llegamos por la
noche a nuestro primer destino, Coahuayana. El 22 de mayo obtu-
vimos un guía con sus caballos en Ranchito. Éste se llamaba don
Chema Vargas y nos introdujo al día siguiente —el 23— en unos
flamantes bosques de matorrales hacia el mar en San Telmo y nos
llevó a la inmensa playa negra de San Juan de Lima, donde encon-
tramos sólo dos mujeres caminando en todo el día.

De noche llegamos a un pueblo de “gente de razón”, La Placita
(alias Salinas de Maquilin), no lejos del mar, con una “fonda” de
tierra caliente celebrando una fiesta que duró hasta la una de la
mañana, cuando cinco golpes de revólver le pusieron fin. Aunque
se disponía de una gran caballeriza para las monturas —mulas
además de caballos—, se podía dormir debajo de los árboles. En su
calidad de mujer, Claude Lécuyer gozó del favor de la hospedera
que le permitía dormir a su lado en la cama. Sin embargo, no acep-
tó la oferta prefiriendo venir con nosotros.

El 24 de mayo salimos temprano por un camino que por lo gene-
ral no bordaba la costa. Efectivamente, se tendía a evitarla a la hora
de realizar construcciones y las mulas se asustaban mucho debido
al estruendo de las olas, motivo por el que a don Chema no le gusta-
ba el mar. No había por esta zona ninguna actividad de pesca, y en
nuestros días de caminar no vimos más que a un hombre desnudo,
de pie en el mar, tratando de capturar peces con una red. Desde lue-
go, ningún pueblo de indígenas se situaba en la orilla del mar, pues
ésta sólo interesaba a los indios y a los mestizos que les sustituían

por la sal que aportaba (la Tecla). Antiguamente en la costa de Michoacán temían a los corsarios holandeses, como demuestra el nombre de “Pichilingue” (de Flessingue, Holanda), donde buscaban agua y descanso en las inmensas costas novohispanas.

Subimos por ásperos cerros donde sucedió que en el camino había un árbol caído que cerraba el paso, por lo que tuvimos que despejar la vía con un machete para continuar por ella. Bajábamos a veces al mar (la Ticla, Estapilla y pequeñas Salinas) encontrando lagunas o “esteros” de agua dulce formadas por un arroyo cerrado por una barrera de arena. En una de ellas nos encontramos con caimanes sobre los cuales disparó Ernesto. Pero llegó la noche y don Chema perdió el camino para franquear una alta barrera de roca que dominaba un bosque tropical lleno de lianas. Por fin tuvimos que dormir en una playa entre viejos nidos de tortugas de mar. Veíamos la luz del faro de San Telmo todavía lejos, más allá de los cerros.

Temprano el 25 de mayo seguimos nuestro camino por cabos y hermosas playas hasta llegar a dicho faro: una torre y una casa blanca en lo alto de una roca que dominaba la playa dorada, la ensenada con varias islas y, más allá, la inmensidad del mar azul. Desde el faro se veían muy vastos bosques hacia el interior. El fare-ro, un costeño muy moreno casado con una ranchera blanca, se quejaba con palabras violentas de que los indios le prohibieran cultivar siquiera elotes so pretexto de que sus propias abejas requerían toda la extensión de los bosques para producir la miel. Éstos apenas le alquilaban un mínimo pedacito de tierra a un precio escandaloso, y un indio —“mi compadre por mis pecados”, decía— era encargado de vigilarle desde la única casita del lugar. Por lo menos, gracias al licenciado De la Torre y a don Chema pudimos dormir en el faro.

El 26 salimos siguiendo el mar: Estapilla, La Ticla y subimos río arriba hasta llegar al anochecer a Ostula, comunidad indígena y meta planeada por Ernesto de nuestro viaje. Insisto en los detalles de este doble viaje para recalcar las dificultades que existían en los años 1947 y 1948 para investigar y explorar como hicimos la situación. ¡Los mismos mapas de Michoacán que llevábamos indicaban varias veces la mención de “zona inexplorada”!

Exigían en Ostula que la “gente de razón” no permaneciera más de tres días en el distrito del pueblo. Unas décadas antes habían expulsado a unos rancheros “rationales” con sus familias porque otras comunidades vecinas de indios habían perdido la mayor parte de sus tierras y su personalidad propia de comunidad indígena. Preguntándolo, observándolo y comprobándolo aquello era evidente.

El proceso había empezado con la venta de alcohol y la instalación de modestos comerciantes que prestaban dinero, adquirían más o menos ilegalmente tierras y se apoderaban de los cargos municipales de mando. Por ello, los indígenas habían reaccionado restaurando las antiguas leyes españolas que prohibían a los españoles o mestizos antes de la Independencia pasar más de tres días en los pueblos de indios.

Nosotros, llegando a la comunidad rodeada por milpas con burros a veces situados en terreno muy empinado, fuimos a dormir debajo de unos árboles en el corral de un conocido de don Chema. Los indios nos acogieron pero no ofrecieron absolutamente nada aunque al día siguiente se mostraron un poco más acogedores. El día 27 de mayo era el día del Corpus Christi y quisimos ver las fiestas que habían empezado la noche anterior con el canto de un rosario. No había sacerdote ni al día siguiente (estaba en Villa Victoria a dos días a caballo).

El día 27 empezaron pues las danzas y la música de violín y guitarra acompañados por el famoso *teponaxtle* indígena. Había sólo hombres con gorros muy adornados que danzaban y mezclada a ellos una única mujer-niña (¿representando a la Malinche?). De todo ello saqué fotos con mi Leica. Se trataba de una singular síntesis de lo cristiano y lo indígena que me recordó las celebraciones de la misma fiesta unos años antes con danzas que tenían lugar en la catedral de Sevilla.

Por la tarde nos fuimos como nos lo exigían por el vasto monte con rozas y barrancas hasta llegar al anochecer a Maquilín, pueblo ocupado desde hacía tiempo por racionales. El medio en que se situaba era completamente distinto. Los habitantes, antes en gran parte indígenas, se habían dejado persuadir hacía tiempo de solicitar lotes individuales de tierras y montes comunitarios. Muchos de ellos los perdieron por no pagar los correspondientes impuestos y los lotes cayeron así en manos de ganaderos “de razón”. De este modo Maquilín se había convertido en un pueblo de rancheros a caballo con sombreros y reatas. Aquella noche hubo una fiesta de jinetes animada por la música ranchera y mucho alcohol. Nos invitaron a participar en ella de modo que fuimos muy bien recibidos.

Entonces terminó esta doble expedición emprendida por la propia iniciativa de Ernesto de la Torre que la consideraba personalmente como de las más extraordinarias y tan completa para ayudarnos a comprender las raíces y la personalidad de México. Fue tanta la valoración de esta experiencia que cincuenta años después Véronique Hébrard, de la universidad de París I, donde yo enseñaba,



y Jorge Santiago, de la universidad de Lyon, quisieron repetir el viaje con otros universitarios. Pero esta vez lo hicieron sin las dificultades que habíamos conocido tantos años atrás debido a la construcción de la nueva carretera panamericana y a la información que aportaban las fotos que había sacado. De hecho tuvieron una interesante entrevista con Ernesto de la Torre, a la cual se refirió la doctora Hébrard en una publicación.

Pudieron comprobar en Ostula la actual existencia de asistencia médica y la modificación de las reglas de aislamiento. Sin embargo, estos cambios no son totales pues la comunidad logró impedir la construcción de un gran hotel en su hermosa costa. Yo mismo regresé a Ostula con mi esposa Josèphe en 2008 con la ocasión de la entrega en México de una medalla de oro a Ernesto de la Torre (y a mí mismo, entre otros). Supimos por internet que se mantenía todavía la hostilidad de algunos propietarios a través del asesinato de un representante de la comunidad ese mismo año.

Hice otras visitas a indígenas por cierto, entre otras a la bella “fiesta del Elote y la Calabaza” de los huicholes, o bien con Alfonso Caso. Éste me enseñó más tarde su magnífica obra de escolarización en la Tarahumara... Pero para ahondar en los problemas tan difíciles de los indios sobre el terreno, no hubo más y mejor que este doble viaje a Michoacán, previsto, planeado y realizado gracias a mi querido y tan sabio amigo Ernesto de la Torre y Villar, un gran historiador-etnólogo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS